
XXVIII

El Templo chino.—Confucio.—Fábrica de vinos,
El Bwilden Hotel.

SEÑOR Don Francisco, dije á Gomez del Palacio, aquí me tienes con mi librito y con mi lápiz en regla, para ir á obsequiar tus consejos; me siento chino hasta la médula de los huesos, y si á mano viniese, para cobrar mi naturalizacion en el celeste imperio, me hallo en disposicion de almorzarme una rata con el mayor desplante.

—Vé, hombre, vé y no dejes de buscar la compañía del policía aquel, tan conocedor y tan atento con nosotros.

—Voy en su busca, clamé, cerrando la puerta con tiento, porque le enojan mucho los puertazos, y dejándolo, como pasaba las horas enteras, sin despegar los ojos de su libro.

En tres brinco subí á la calle de Dupont, con sus cuestas y hondonadas, sus arboledas, sus casitas provocativas,

sus tarjetas de metal en las puertas:—*Mis Adeline.*—*Madamoisel Printemps.*—*Carlota.*—*Lola,*—y otros nombres de personas que saben saludar con un *para servir á vd.*, que allá para los *biencriados* dicen que tiene mucho chiste.

Como lo esperaba, en medio del barullo inmenso del mercado chino, me encontré á mi policía, tieso como un pilar, esperándome impasible.

Me parece que indiqué cuando visité el barrio chino que el policía de que se trata es un cumplido caballero, que sirvió como coronel en el ejército invasor de México, que habla perfectamente castellano y que ha hecho especial estudio de las costumbres chinas.

Agreguen vdes. á todo esto, que M. M*** es de trato franco y alegre, y pocas veces me habrán visto en mejor compañía.

—*Oll rihgt*, me dijo al verme, á tres pasos tenemos uno de los grandes templos chinos. . . . perderá vd. poco tiempo.

—Se lo quitaré á vd., debía decir. . . . que mi sola ocupación es perder tiempo; pero yo no veo, continué, entre estos balcones salientes y entre esas tupidas celosías, nada que indique un templo.

—Ni lo vería vd., si á eso se atuviese, aunque recorriera toda la ciudad: los templos están por dentro; por fuera son casas como todas.

—¿Lo mismo será en China?

—Allá es otra cosa; pero aquí tienen carácter muy provisional los templos, sin duda por las hostilidades de que son objeto los chinos, ó por la desconfianza que tienen de amalgamarse con la raza anglo-sajona.

—¿Y es una misma la secta ó religion dominante?

—Diré á vd., que por lo poco que he podido comprender en San Francisco, las sectas chinas de más prestigio son dos: la de Confucio y la de los Teonistas ó Buddistas; esta última es la que tiene más privanza.

—Me saca vd. de un error: yo creía que Confucio no tenía rival.

—Como es aceptado, en efecto, por muchos, como el divino maestro de los hombres, el mecanismo gubernativo está basado en sus máximas, y los sabios se dedican á la lectura de sus obras para comprender bien sus instituciones.

El Libro de los Ritos de los chinos, es, como si dijéramos, ley suprema aun para los discípulos de Budda ó del divino *Lao-Tsze*.

—Y vd., que habrá leído algo, dígame lo que sepa de la vida de Confucio.

—Si mal no recuerdo, continuó el coronel mi guía, Confucio nació el 19 de Junio, 551 años ántes de J. C., en la pequeña provincia de Lu; su nombre era Kong; pero sus discípulos y admiradores le llamaban Kong-fu-tzi, que significa maestro de los maestros, de cuyo nombre, latinizado por los misioneros jesuitas, viene el de Confucio.

Confucio no se dió jamás tono de sabio ni de gran filósofo; se contentaba con predicar su doctrina, sin armar campaña con alma viviente. El enseñó á los hombres el cómo debían vivir, y dejó el cuidado de morirse á cada cual, como negocio muy privado.

En sus obras no habla de Dios; pero en cuanto al hombre, le creía capaz de llegar al más alto grado de perfección moral é intelectual.

Sus obras tienen un carácter moral marcadísimo, y en mi

juicio, son admirables sus doctrinas: recae todo sobre las relaciones:

- 1.^o.—Del soberano y el súbdito.
- 2.^o.—Del padre y del hijo.
- 3.^o.—Del marido y la mujer.

Proclama como capitales, cinco virtudes:—Caridad universal,—Justicia,—Conformidad en el infortunio,—Rectitud,—y Sinceridad en pensamiento, palabra y obra.

Dicen que se ocupó mucho de la conmemoracion de los muertos, y que sus preceptos se siguen hasta el dia.

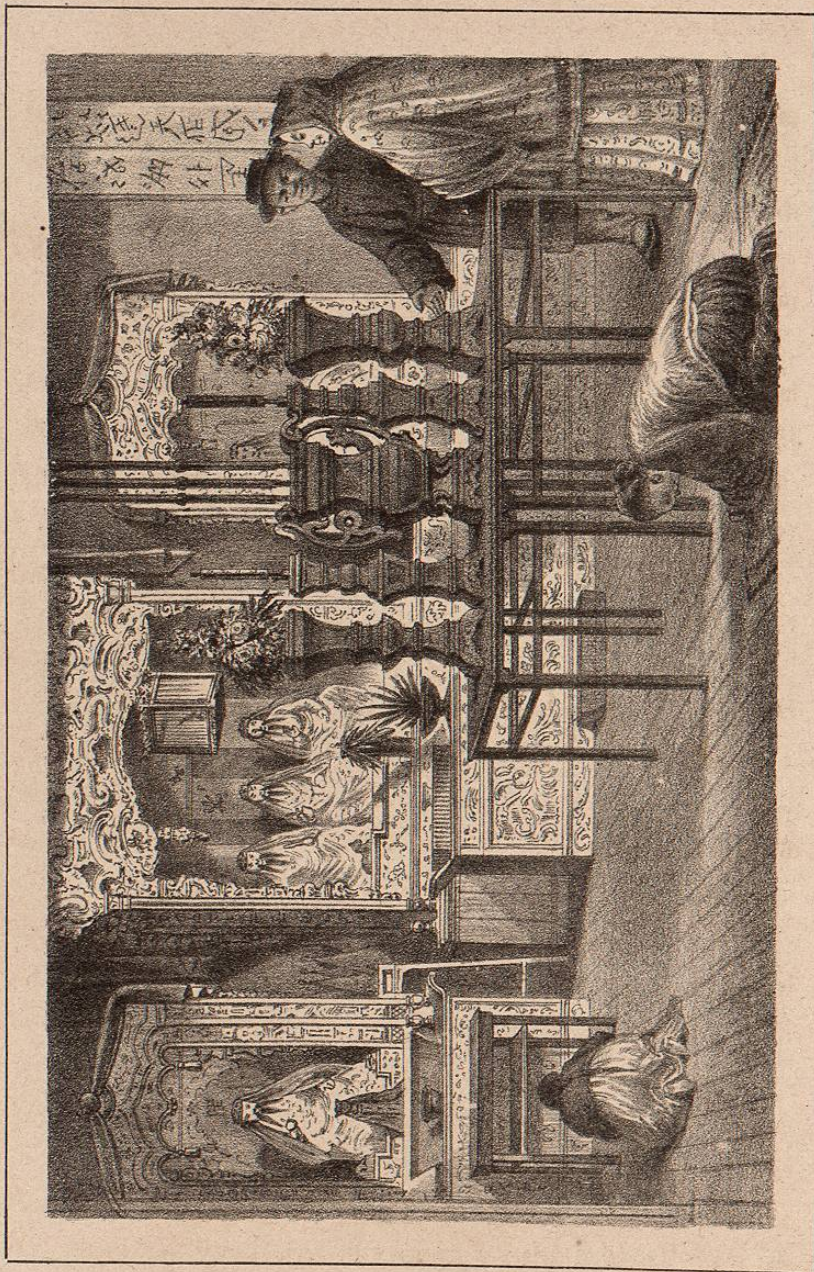
Confucio desempeñó con integridad é inteligencia notables, cargos públicos; fué legislador sapientísimo y se le recuerda como introductor de utilísimas reformas. Murió á la edad de 70 años, 479 años ántes de J. C. . . . vd. me perdone, esto lo puede vd. ver en cualquier catecismo de biografía.

—Prosiga vd., dije á mi guía; en eso tengo mucho interes y estoy avergonzado de mi ignorancia. . . . ya se ve, el vulgo es muy estúpido; yo tengo un amigo muy querido á quien han valido en mi patria sátiras y ridículo, su indisputable instruccion en estas materias: el Sr. Caravantes, á quien guardo un lugar muy privilegiado en mi estimacion.

—La doctrina de Confucio es muy digna de estudiarse, y los que ensalzan la escuela positivista, deberian no atribuir á Comte y á otros, méritos que no les pertenecen.

¡Qué sencillez de principios! ¡qué esplendor de la moral universal, conservadora de las sociedades!

Lao-Tsze, fundador de la escuela Taonista, de la razon mística, floreció 604 años ántes de J. C.: fué contemporá-



LIT. DE H. PRIETO MEXICO.

Templo Chino.

neo de Confucio, con quien no se avino en las pocas conferencias que sostuvieron.

Con la doctrina Taonista especularon multitud de farsantes alquimistas y adivinadores: atribuyéronle longevidad fabulosa, y al fin fingieron sus adeptos una ascension al cielo, montado el apóstol en un búfalo.

—Soberbio! dije yo: ese viaje en búfalo me agrada. ¿Y no dice más el repertorio religioso de vd.?

—Mi escasísimo repertorio acaba en Budda el inspirado; las creencias del Indostan de que habla tan elocuentemente Jacoliot, que sé que le es á vd. conocido: lo curioso de este dogma es lo referente á la trasmigracion; hay muchos cielos para estos creyentes chinos, y la friolera de 136 infiernos...

En San Francisco hay seis grandes templos de las diferentes sectas de que hemos dado idea.

Como dije al principio, la vista del templo que visitábamos, era de apariencia comun.

La entrada al templo, es una galera oscura y angosta; de distancia en distancia hay sobre una especie de altares, toscos nichos y en ellos unos ídolos, que verdaderamente faltan á la gente al respeto, de puro feos.

Los vestidos de esos ídolos son magníficos; sedas deslumbradoras de riqueza, bordados, afrenta del pincel, y ramajes, aves y flores, de embabecer de encanto y admiracion.

Al frente de alguno de los dioses, dentro de bombillas de cristal, habia pequeños, pero robustos cirios de cera, y al pié de su altar, braseros en donde á fuego lento se quemaban día y noche granos de incienso y astillas de sándalo, que tienen no poco tiznados, ojos y narices de aquellas divinidades.

Contra las paredes se ven aquí y allá mesas con ramille-

tes semejantes á los de los altares de los pueblos de indios de nuestra tierra, y regados en las mismas mesas pedacitos de *bambou*, que es una especie de carrizo flexible, varitas, astillas y menudos fragmentos de papel, cuyo objeto no supieron explicarme.

Entre ese pintoresco basurero veíanse figurillas humanas y de animales, muy quitados de la pena: sin duda eran de la comitiva de los dioses ó de los héroes. . . . pero nadie me sacó de dudas.

En un marco de palo había suspendida una gran campana y á su lado una tambora. . . .

—¿Qué significan esos dos *instrumentos* de dulce música? dije á mi guía.

—Son para despertar á los dioses, me dijo con mucha seriedad el coronel.

Frente á los dioses principales se veían varias mesas para que los fieles coloquen las ofrendas. . . . esto es, la tesorería general, porque sus divinas majestades quieren ver sin duda con la que pierden.

En esas mesas hay siempre buen *thé* y bizcochos, porque los dioses saben lo que es una necesidad. . . . y á cada momento. . . . esto es, en cuanto los dejan solos, toman un *tente en pié*, como lo puede hacer cualquiera persona decente.

La parte interior del dosel de los principales dioses, así como las paredes, pilastras y artesones, están pintados de color morado, y escrito en letras de oro sobre los altares:

Ching-Ti-Ling-Zoi,

que me dijeron que quería decir: *Galería espiritual de los dioses omnipotentes*, y adelante

Ching-Cham-Mo-Keung,

ó sea: *Dioses cuya santa edad es perpétua*. Y con ese par de rengloncitos, siento inclinado el cuerpo por hablar chino.

Por otra parte, ¿quién quita que sea verdad eso que me dijo tan formal el coronel?

Las principales imágenes que en aquel templo se adoran, son:

Young-Zen-Tin.—Dios de los cielos sombríos.

Koban-Tai.—Dios de la guerra.

Gua-Tau.—Dios de la medicina.

En fin, dios que se encarga de remediar en algo las averías del compañero de poder, y *Tsot-Pah-Sheing*, dios de la riqueza, que aunque puesto en último término, ha de ser en último resultado el que mueva los alambres; pero como no sé chino, nada puedo decir. Bastante trabajo me ha costado ver multitud de libejos para explicarme lo mismo que veía. Esta relación la ilustré principalmente con los libros titulados "Luces y Sombras."—"César Cantú."—"Jacoliot"—y "Joseph Ferrari."

Diré sí que los creyentes me parecieron los hombres de más confianza con sus dioses: entran al templo conversando, cubiertos con sus bonetes, fumando sus pipas, se pasean y no gastan ceremonias.

Hay no obstante algunos que hacen profundas reverencias. . . . y otros más fervorosos que se postran de remate y como quien se va á dormir. . . . No obstante, por lo poco que ví, las ofrendas no escasean y el presupuestó de los siervos de los dioses no arroja deficiente. . . .